

Gloria A. FRANCO RUBIO (2008), "Historia y narración histórica. Algunas reflexiones", en Gloria FRANCO RUBIO y Fina LLORCA ANTOLÍN (edas.), *Las mujeres entre la realidad y la ficción. Una mirada feminista a la literatura española*. Granada. Colección Feminae, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, pp. 17-37).

El acercamiento a la literatura y la utilización de fuentes literarias para el conocimiento de la historia vienen precedidos de una larga tradición en la investigación histórica; no obstante, si se pretende hacer un buen uso de ello, el historiador debe contrastar el proceso de creación literaria corroborándolo con fuentes rigurosamente históricas y para ello debe tener en cuenta algunas consideraciones previas que si, por un lado, justifican y explican su uso, también muestra algunas de sus limitaciones. En primer lugar, hay que partir de la base de que la literatura es heredera, y tributaria, de una época ya que todo el proceso de creación literaria está fuertemente condicionado por el contexto social en que se inserta; o lo que es lo mismo, porque el autor, independientemente de las coordenadas espacio-temporales donde sitúe su obra, está mediatizado por su entorno y, en gran medida, sus escritos reflejan aquellos temas y asuntos que tienen una cierta relevancia en su época, lo que permite al historiador evaluar aquellos aspectos que fueron noticia o sembraron polémica en un periodo histórico determinado, así como las soluciones y tendencias a que dieron lugar; razón por la cual podemos pulsar la literatura como un exponente del dinamismo social. Segundo, no olvidar que el escritor, en su recreación literaria, de una manera u otra, consciente o inconscientemente, a menudo expresa su propia subjetividad, y siempre vierte su sistema de pensamiento y su ideología, y esto le hará exponer tales problemas a través de su mirada, mediante unos modelos que pueden estar en consonancia y/o en confrontación con los que le ofrece su sociedad, cuando no ser una verdadera alternativa a ellos. Tercero, considerar la existencia de una larga polémica, todavía no resuelta a pesar de haber desatado una intensa bibliografía, entre historiadores y creadores literarios a la hora de ajustar las fronteras entre historia y ficción debido a la diferente concepción sobre lo que es, y debe ser, una y otra disciplina; mientras para los primeros lo relevante es la verdad histórica a través del hecho constatado, para los segundos éste es accesorio porque lo primordial, a su juicio, será lo ficticio, el hecho inventado, de ahí los enfrentamientos y hasta descalificaciones que surgen frecuentemente entre ambos. Eso supone intentar superar los problemas surgidos por la existencia de una difícil intersección entre historia y novela histórica; en este sentido, la clave estaría en hallar el modo de urdir una trama narrativa lo suficientemente verosímil y libre como para conciliar el difícil equilibrio entre la fidelidad a los hechos históricos con la creatividad (¿ilimitada?) del autor. Por último, tener en cuenta que la literatura histórica, sobre todo en el caso de la novela, género que ahora nos ocupa, ha tenido siempre un fuerte componente pedagógico al poner de relieve el carácter ejemplarizante y aleccionador de la historia; eso explica que haya sido precisamente en los momentos de crisis social, económica o ideológica cuando este género haya experimentado su verdadero esplendor.

Una larga secuencia de encuentros y desencuentros.

No es fácil poner de acuerdo a los numerosos autores que se han ocupado de definir y señalar las características de este género literario, incluso algunos de ellos llegan hasta a negarlo o, al menos, a ponerlo en tela de juicio; buena prueba de la falta de acuerdo en este campo nos lo ofrece la visión que de ella tienen varios autores que presentan opiniones diferentes, cuando no contrapuestas. Carlos García Gual constata que la novela histórica tiene mala fama entre los críticos literarios y los historiadores debido al reproche formulado por ambos de ser “un género bastardo y ambiguo, nacido de la mezcla o combinación de la crónica histórica y la ficción novelesca”¹; además –continúa afirmando– “como subgénero literario nacido del mestizaje entre lo histórico y lo ficticio, es un simulacro de vistas ambiguas, habla del pasado, pero mantiene siempre latentes referencias al presente”²; para que una novela pueda ser catalogada como tal, a su juicio, debe combinar tres rasgos fundamentales: “1- documentación e incluso erudición suficiente para reconstruir el marco histórico y las figuras evocadas, 2-buena dosis de fantasía para dar vida a la ficción verosímil y patética, y 3- un claro estilo narrativo”³. En el otro extremo podemos situar a David Hume, quien consideraba a todos los novelistas como mentirosos de profesión⁴, o a N. Jitrik, para quien el concepto de “novela histórica” es contradictorio *per se*, ya que entraña dos elementos semánticos opuestos por lo que la define como “un acuerdo –quizás siempre violado- entre verdad que estaría al lado de la historia y mentira que estaría al lado de la ficción”⁵. K. Spang, por su parte, resalta su naturaleza híbrida porque ni es historia pura ni literatura pura, y respalda la afirmación de G. Kebbel de que no es otra cosa que “un hiato entre ficción e historia”⁶; aún así, establece una cierta tipología entre lo que él denomina novela histórica ilusionista y novela histórica anti-ilusionista. La primera se caracterizaría por el afán de los autores de crear ilusión de autenticidad y de veracidad de lo narrado al estilo que forjó Walter Scott, considerado el padre de la novela histórica; aparece vinculada con la concepción teleológica de la historia –aquella que concibe el tiempo como un todo definitivo e inmutable que evoluciona como tal hacia una meta- y con los procedimientos propios del historiador riguroso, documentalista y objetivista haciendo que el narrador intervenga en la historia narrada mediante descripciones exhaustivas y minuciosas donde destacan tanto los diálogos como la mentalidad de la época. La segunda intentó superar los rasgos de la anterior, y es la que se viene cultivando desde finales del siglo XIX a la actualidad; intentaría crear un mundo ficticio en paralelo con el mundo real, con una trama compleja, fragmentaria y discontinua donde se va perdiendo objetividad en aras de la subjetividad del autor que, ante todo, quiere llamar la atención del lector y para ello no duda en sacrificar la verdad histórica.

En palabras de Germán Gullón la diferencia entre la novela histórica y la historia “no reside en el carácter de los hechos contados ni en la narración, sino en la configuración que

¹ GARCIA GUAL, C.: *Apología de la novela histórica y otros ensayos*. Barcelona. Península, 2002 (pg. 11)

² GARCIA GUAL, C.: “Expediciones a otros tiempos”. *Babelia. El País*. 30 julio 2005 (pg. 2)

³ GARCIA GUAL, C.: *Apología de la novela histórica y otros ensayos...*

⁴ Citado por ANKERSMIT, F.R.: “La verdad en la literatura y en la historia”, en OLABARRI, I. y CASPISTEGUI, F.J. (dir.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del estructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid. Editorial Complutense, 1996. (pg. 49)

⁵ JITRIK, N.: *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*. Buenos Aires. Biblos, 1995.

⁶ SPANG, K.: “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en SPANG, K., ARELLANO, I. y MATA, C. (eds.): *La novela histórica. Teoría y comentarios*. Pamplona. Eunsa, 1995. Anejos de Rilce,15.

se le conceden en el discurso, tanto a los hechos como al propio discurso”⁷, de ahí que su propuesta de definición sea “aquella en la que los hechos se originan en la realidad, pero cuyo empleo pueda ser imaginativo, arbitrario, la alusión a los acontecimientos verídicos, considerados parte de la historia escrita, o concebiblemente escribible, garantiza su historicidad”⁸. Para Milagros Ezquerro la clave para reflexionar sobre las relaciones entre historia y literatura estaría en indagar “cómo el discurso historiográfico sobre una época o un personaje del pasado ha sido utilizado por el escritor para construir una ficción”⁹. Carlos Mata, en cambio, insiste en los resultados positivos que para ambas ha producido las incursiones recíprocas a través del tiempo, puesto que “la savia de la historia vivifica la literatura y viceversa, la literatura es una fuente, indirecta o secundaria, para el conocimiento histórico”¹⁰.

Si buscamos definiciones académicas encontramos que el Diccionario de la Real Academia Española del año 1992 se refiere a ella como “la que se constituyó como género en el siglo XIX, desarrollando su acción en épocas pretéritas, con personajes reales o ficticios, y tratando de evocar los ambientes, costumbres e ideales de aquellas épocas”. Lo que está claro es que para que una obra literaria pueda ser considerada como *histórica* debe comprender una acción y unos personajes situados en tiempos pasados, pero un pasado que pueda ser constatable científicamente mediante la obra historiográfica, es decir, la intencionalidad de verosimilitud perseguida por el escritor debe ser real, verificable.

Aunque se considera forjado el género en el siglo XIX¹¹, los antecedentes de la novela histórica actual son muy antiguos; aparece con claridad en muchas leyendas del mundo clásico, ya que ambas, historia y narración, proceden de un tronco común, de la mitología, como asegura Toynbee¹², o de la epopeya, como sostiene Rama¹³. Se perpetúa en la tradición del romance desde la época medieval, continuando vigente durante toda la edad Moderna hasta que en el siglo XVIII surge en Inglaterra la llamada *novela gótica*¹⁴ con dos obras fundamentales: *El castillo de Otranto* (1764) de Horace Walpole y *El Monje* (1796) de Matthew G. Lewis, a modo de crisol donde confluyen los caracteres del romance medieval con la novela moderna; en otros países encontramos esa misma situación, y así en España las novelas de Pedro Montengón *El Rodrigo o Eudoxia, hija de Belisario*¹⁵, son una buena muestra de ello. No obstante lo dicho, será con el Romanticismo cuando adquiera

⁷ GULLÓN, G.: “El discurso histórico y la narración novelesca (Juan Benet)”, en ROMERA CASTILLO, J., GUTIERREZ CARBAJO, F. y GARCIA-PAGE, M. (eds.): *La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid. Visor, 1996 (pgs. 167-173). (pg. 71)

⁸ *Ibidem*, pg. 68.

⁹ EZQUERRO, M.: “El manuscrito hallado”. *Compás de letras*.3. Diciembre de 1993 (pgs. 43-54).

¹⁰ MATA INDURAIN, C.: “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, en SPANG, K., ARELLANO, I. y MATA, C. (eds.): *La novela histórica. Teoría y comentarios...* (pg. 14).

¹¹ Una interesante evolución del género en FERNANDEZ PRIETO, C.: *Historia y novela: poética de la novela histórica*. Pamplona. Eunsa, 1998

¹² TOYNBEE, A.J.: *Un estudio de la historia*. Buenos Aires. Emecé, 1951.

¹³ RAMA, C.M.: *La Historia y la Novela, y otros ensayos historiográficos*. Madrid. Tecnos, 1975.

¹⁴ Entre los ingredientes de la novela gótica encontramos narraciones donde las aventuras de los personajes son determinantes para desarrollar el argumento, casi siempre ubicado en época medieval y en sus espacios más corrientes –castillos, fortalezas, mazmorras...- donde es fácil situar ambientes misteriosos e irracionales.

¹⁵ FRANCO RUBIO, G.A.: “*Eudoxia, hija de Belisario* de Pedro Montengón y la educación femenina en la España del siglo XVIII: la proyección literaria de una polémica”. *Arenal*. Vol. 11, nº 1. Enero-junio, 2004.

mayor desarrollo y su definitiva conformación; al respecto, Celia Fernández concluye que la novela histórica es el resultado de la integración de diversos elementos que corresponden a distintos géneros literarios: 1- el romance antiguo, del que toma la composición de la trama y la articulación de la acción así como sus tácticas narrativas para crear suspense y sorprender al lector, 2- la novela gótica, de la que utiliza los ambientes lóbregos y oscuros, y sus escenarios, 3- la novela social-realista, a la que sigue en el análisis de los sentimientos y deseos, y 4- el arte cervantino¹⁶.

Los malentendidos (rivalidades, antagonismos, descalificaciones y otros epítetos similares) entre el historiador/constructor de la Historia y el narrador/inventor de historias.-

La trayectoria de enfrentamiento entre historiadores y escritores es bastante más sutil y compleja de lo que puede parecer a simple vista; el problema radica, fundamentalmente, en las notables diferencias que les separan en la concepción, enfoque y objetivos asumidos por cada uno de ellos, de tal manera que los segundos suelen tomar prestados a los primeros toda una serie de datos que necesitan usar en su relato pero la utilización que realizan de ellos es cuestionada por los primeros ya que, a su juicio, en lugar de trasladarlos a la narración de manera objetiva, lo hacen de tal manera que solo logran falsear y distorsionar la realidad. Ante ese cuestionamiento de su actividad, los primeros se amparan en la libertad creativa del autor y contraatacan negando, a su vez, la supuesta objetividad de los historiadores, sometidos a tantos filtros epistemológicos y matices ideológicos como ellos.

Por encima de las perspectivas propias de cada tipo de autor, y más allá de sus mutuas acusaciones, lo cierto es que se encuentran numerosos puntos de fricción entre ambos, como los que se analizan a continuación:

1- **la intencionalidad** o, lo que es lo mismo ¿qué pretende cada uno de ellos?, ¿qué instrumentos utiliza?, ¿qué fines persigue?. Mientras el historiador llega al conocimiento de la realidad histórica tras un proceso riguroso de análisis y contrastación de fuentes de todo tipo, y cuando lo alcanza lo muestra objetivamente a los demás, el escritor conoce el pasado a través de la historiografía pero lo da a conocer adaptándolo a sus objetivos de narrador, pasando por alto el que se ajuste, o no, a la realidad histórica, no dudando incluso en falsearla, si eso se ajusta a sus intereses (ejemplo: *Yo, Claudio* de Robert Graves). En el mundo inventado los protagonistas pueden no ser reales pero debe presentar visos de realidad para poder elaborar su mensaje a través de ellos. En este sentido Jitrik dice que la novela histórica convierte en protagonistas a sujetos comunes y corrientes "elevados a héroes activos"¹⁷, en la misma medida en que ha dado cabida a grupos sociales marginados o que se hallaban en la periferia del sistema. Frente al historiador que opera con el rigor documental, la fidelidad a los hechos y la exactitud histórica, el novelista lo hace con la fantasía, la imaginación y recursos literarios de todo tipo; de ahí la afirmación de Chartier de que, frente a la novela, "el objetivo de conocer es constitutivo de la intencionalidad histórica misma y fundamenta las operaciones específicas de la disciplina: construcción y tratamiento de datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de resultados,

¹⁶ FERNANDEZ PRIETO, C.: Opus cit.

¹⁷ JITRIK, N.: opus cit.

validación de la adecuación entre el discurso del saber y su objeto”¹⁸. Y la de Gual de que “como cualquier novela (la histórica) no busca una veracidad total en lo narrado, un objetivo convencional del relato historiográfico, aunque inscribe su ficción en el marco verosímil de un contexto y un escenario definidos como históricos”¹⁹.

2- la **interpretación** de los hechos históricos, muy ligado a la realidad de la época del autor ya que éste interpretará los hechos históricos a partir de su propia ideología y de las mentalidades vigentes en su época entre las cuales debemos contemplar la concepción e interpretación del pasado. No en vano, como afirma K. Spang “las épocas de crisis política, filosófica y religiosa suelen ser las épocas en las que la novela histórica experimenta un cultivo y una popularidad notables”²⁰. En este sentido Ankersmit, al estudiar la verdad en la literatura y la historia recomienda preguntarse sobre cómo se manifiesta aquélla en ambos géneros ya que cada una de ellas “ejemplifica una forma específica de verdad”²¹; esa aseveración la defiende asegurando que “los componentes de la narrativa histórica son verdaderos, pero al mismo tiempo la historiografía también contiene un elemento de ficción que tan difícil es de tratar dentro del modelo de correspondencia entre la relación entre el lenguaje y la realidad”²² por lo que mientras la historia “trivializa” la verdad, la novela, por su parte, la “hace misteriosa”²³. Isabel de Castro, partiendo de la base de que no cabe hablar de la novela histórica en forma lineal, considera a la actual mucho más transgresora con la verdad (histórica) que la tradicional, llegando en ocasiones a oponer una versión no solo distinta sino contrapuesta, controvertida y polémica con la historia oficial, en parte por el propósito de divertimento que persigue el género, reinventando la historia o parodiándola²⁴.

En este sentido, es muy importante saber captar la trasposición de la subjetividad del autor, situando en otro tiempo histórico del pasado una casuística y una problemática que, en realidad, no tenían cabida en aquel periodo pero que le va a permitir elaborar un discurso acorde a la situación de su tiempo proporcionándole la oportunidad de reflejar su propia versión. Esto puede conducir al denominado perspectivismo, lo que posibilita la entrada a una multiplicidad de narradores que otorgarán una interesante polifonía al texto, permitiendo establecer un contrapunto entre las diferentes visiones -y versiones- de los hechos pretéritos. Según H. Müller “la novela histórica es una construcción perspectivista estéticamente ordenada de situaciones documentables a caballo entre la ficción y la referencialidad, construcción dirigida por un determinado autor a un determinado público en un determinado momento”²⁵. El problema es que, para lograrlo, a veces hay que

¹⁸ CHARTIER, R.: “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en OLABARRI, I. y CASPISTEGUI, F.J. (dir.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del estructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid. Editorial Complutense, 1996. (pg. 32)

¹⁹ GARCIA GUAL, C.: “Expediciones a otros tiempos”. *Babelia. El País*. 30 julio 2005 (pg. 2)

²⁰ SPANG, K.: opus cit.

²¹ ANKERSMIT, F.R.: “La verdad en la literatura y en la historia”, en OLABARRI, I. y CASPISTEGUI, F.J. (dir.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del estructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid. Editorial Complutense, 1996. (pg. 51)

²² *Ibidem*, pg. 62

²³ *Ibidem*, pg. 63

²⁴ CASTRO, I.: “El cuestionamiento de la verdad histórica: transgresión y fabulación”, en ROMERA CASTILLO, J., GUTIERREZ CARBAJO, F. y GARCIA-PAGE, M. (eds.): *La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid. Visor, 1996 (pgs. 167-173).

²⁵ Citado por SPANG, K.: opus cit. (pg. 82).

distorsionar dicha realidad mediante la presencia de anacronismos, lo que puede restar verosimilitud al relato; un problema que puede ser obviado mediante el recurso a la simultaneidad de tiempos, que anula la distancia entre presente y pasado, pero que puede conducirnos al siguiente escollo: el de la falsificación, que lleva al escritor a poner en tela de juicio la verdad histórica y a falsearla como si tuviera poder para ello; a menudo, su capacidad creadora y su propio escepticismo, vertido sobre los lectores, le reviste de una prepotencia que le hace creer que por el hecho de inventar una historia ésta pudiera tornarse en la auténtica realidad, lo que puede rozar la manipulación de la memoria histórica. ¿Hasta dónde deben llegar las falsedades históricas?, ¿cómo puede el lector discernir la verdad histórica de lo que se presenta con rasgos de veracidad cuando no lo es?, ¿no se llegaría entonces a la falsificación de la historia?, ¿no sería eso lanzar al mercado un producto utilizable ideológicamente?, ¿es eso lícito?, ¿dónde deberían situarse los límites?, habida cuenta de que algunos autores apuestan abiertamente por esos usos, como García Gual cuando reivindica que “la ficción verosímil puede ofrecernos una interpretación más real y más viva de los sucesos que la de la historiografía, gracias a la mayor libertad del narrador para enfocar y colorear los sucesos y para inventar o reinterpretar personajes”²⁶. La manera en que el historiador y el novelista, cada uno por su parte, intentan solucionar dichos problemas, es la mejor prueba de la distancia que les separa.

3- El **consumo social** de este tipo de género novelístico, acrecentado en aquellas circunstancias históricas en que la sociedad demanda conocer su pasado, reivindicando la memoria histórica y entonces la literatura, guiada de un cierto oportunismo, aprovecha la demanda del público lector ofertando un producto fácil de vender aunque, en el fondo, no esté dando verdadera satisfacción a sus exigencias por no ajustarse a la verdad²⁷. Carlos mata aduce seis razones para explicar el cultivo de este género literario: el interés generalizado por la historia, la inclusión en la novela histórica de valores y sentimientos universales, el compromiso con el pasado, su capacidad de transformarse en vehículo del nacionalismo, la moda y el éxito²⁸.

La realidad histórica y la recreación del pasado, entre la erudición y el entretenimiento.-

A nivel generalizado es un aserto más corriente de lo que podamos imaginar, pensar que el pasado puede ser conocido mejor a través de la novela histórica que de la historia porque el lenguaje que utiliza el escritor, al tener un carácter puramente literario (y divulgativo) de su narración, al margen de cualquier atisbo de erudición, es más comprensible a la mayoría de los lectores que el relato histórico, cuyo lenguaje especializado y plagado de tecnicismos puede hacer lenta y farragosa su lectura. En este punto el carácter de la narración, y no tanto su contenido, adquiere mayor relevancia puesto que la historia, desde Ranke, además de prestar atención al suceso cuida mucho la manera de transmitirlo y, en ese sentido, el

²⁶ GARCIA GUAL, C.: *Apología de la novela histórica...* (pg. 12).

²⁷ En una entrevista realizada a Daniel Fernández, director general de Edhasa -editorial española especializada en novela histórica-, constataba que “ahora se publica mucha cosa de un nivel bajísimo, puro subgénero, lleno de anacronismos. A mi la novela que simplemente usa la historia como telón de fondo me interesa poco; me interesan las buenas novelas que van más allá de esa circunstancia, que cuentan buenas historias y que son históricamente muy rigurosas”. *Babelia. El País*. 5 de julio 2005, pg. 3

²⁸ MATA INDURAIN, C.: “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”...(pg. 37-42)

escritor, por su mayor dominio del lenguaje y de los recursos lingüísticos, puede aventajar al historiador. Así como el historiador cuenta las cosas como pasaron, el escritor puede contarlas a voluntad, no solo como fueron sino como le hubiera gustado que fueran o hubieran debido ocurrir. Es significativo que el propio Cervantes, captando la diferencia nos hubiese dejado su opinión en *El Quijote* al afirmar que "uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna"²⁹. Al respecto dice Jitrik que el discurso novelesco es un "artificio" una representación, y así "la novela histórica en materia de representación es el mejor vehículo que una cultura ha creado para entender la articulación entre realidad empírica y realidad simbólica"³⁰, de donde se deduce el ilimitado poder del escritor para *recrear* la historia donde todo está permitido, incluido el uso de trampas para convencer al lector.

En este sentido hay que tener en cuenta la propia trayectoria de la historia en los últimos años marcada por una fuerte crisis epistemológica y por derrotistas vaticinios sobre su destino. En medio de la crisis, algunos autores, influenciados por el retorno de la literatura, se decantaron también por la narración en la historia, tal y como vaticinó L. Stone en su famoso artículo publicado en 1979³¹ sobre la historia narrativa y que rápidamente suscitó un notable –y fecundo– debate en la comunidad científica, tras las aportaciones de Michel de Certeau³², Paul Ricoeur, Paul Veyne³³ y Peter Burke³⁴, entre otros³⁵, poniendo en cuestión la aportación fundamental de la historia estructural y cuantitativista realizada por la Escuela de Annales, de que "habían terminado con las falsas apariencias de la narración y con la muy grande y dudosa proximidad de la historia con la fábula"³⁶. La adopción de la forma meramente literaria –considerada más atractiva al lector– en la presentación de los acontecimientos históricos se ha ido abriendo paso entre muchos historiadores³⁷, lo que no ha evitado numerosas críticas por parte de sus detractores ante los numerosos problemas que se presentaban. Según Adolfo Carrasco "la cuestión de la verdad, requisito inexcusable para que una narración sea verdadera historiografía y su distancia con la verdad literaria, en particular con la novela, ha sido uno de los flancos por los que han atacado aquellos que

²⁹ CERVANTES, M. de: *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario, Real Academia Española. Madrid, 2004. (Segunda parte, Capítulo III, pg. 569)

³⁰ JITRIK, N.: *Historia e imaginación literaria: las posibilidades...*

³¹ STONE, L.: "The Revival of Narrative. Reflections on a New Old History". *Past and Present*. 85 (1979).

³² CERTEAU, M.: *L'écriture de l'histoire*. París, 1973/1993

³³ VEYNE, P.: *Comment on écrit l'histoire. Essai d'epistemologie*. París, 1971

³⁴ BURKE, P.: "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración", en *Formas de hacer historia*. Madrid. Alianza, 1993

³⁵ Vid. CARRASCO, A.: "La trama del tiempo. Algunas consideraciones en torno a lo narrative en Historia". *Cuadernos de Historia Moderna*. 20 (1998); HARLAN, D.: "Intellectual History and The Return of Literature". *American Historical review*. 94 (1989); RÜSEN, J.: "Narratività e modernità nella storia", en ROSSI, P. (ed.): *La teoria della storiografia oggi*. Milano, 1983.

³⁶ CHARTIER, R.: "Representación, prácticas, discursos", en MORANT, I. (ed.): *Escribir las prácticas: discursos, práctica, representación*. Valencia, 1998 (pg. 19)

³⁷ Como ejemplo de ello, podríamos citar *Pesquisa sobre Piero*, de Carlo Ginzburg; *¿Quién rompió las rejas de Monte Lupo?*, de Carlo M. Cipolla y, entre otras, la más reciente *Q*, de Luther Blisset, que se ha convertido en un verdadero *best-seller*.

consideran la recuperación de lo narrativo en la historia como un retroceso de la disciplina”³⁸.

En mi opinión de historiadora, la novela histórica tiene tanta validez como cualquier otro género literario, siempre y cuando la consideremos un puro "divertimento". En el fondo, tanto los escritores como los historiadores utilizan las técnicas narrativas para construir sus relatos; la diferencia entre ambos habría que situarlas, más bien en lo que quieren contar cada uno de ellos (hechos, personajes, ambientes...) y si lo que cuentan se adecúa a la verdad histórica. En este sentido, el debate debería centrarse no tanto en la naturaleza del discurso escrito –relato sí, relato no; narración si, narración no- como vehículo de difusión del pasado sino en la fidelidad y el rigor de los hechos históricos comprendidos en el discurso y en la intencionalidad del narrador: el historiador para dar a conocer el pasado (acontecer histórico), y el escritor para recrear un ambiente del pasado utilizable como pretexto y justificación de su discurso. El historiador no hace literatura, utiliza la escritura narrativa como instrumento para hacer historia; el escritor hace literatura, utiliza la escritura narrativa como instrumento para hacer ficción. Ahora bien, el problema se plantea en la utilización de la literatura como fuente para el estudio de la historia ya que un historiador riguroso a menudo encuentra tantos problemas en la novela histórica que, finalmente, se ve obligado a prescindir de ella.

Novela histórica e Historia de las Mujeres.-

Todos los problemas a que hemos aludido en los anteriores apartados se recrudecen cuando fijamos como sujeto de nuestro análisis a las mujeres. Si como historiadoras, frente a nuestra disciplina, nos vemos obligadas a realizar permanentemente un ejercicio continuo de crítica y demolición para intentar aproximarnos a la realidad socio-histórica de las mujeres y tratar de pulsar la construcción cultural que de la identidad femenina han hecho las sociedades del pasado y los propios historiadores, frente a la fabulación histórica el problema se hace más complejo. Según Ciplijauskaité, en la novela femenina contemporánea existe una preferencia a la narración en primera persona³⁹, y esa afirmación la hace extensiva Celia Fernandez Prieto a la novela histórica escrita por mujeres donde, según ella, “hay una preferencia por la narración autodiegética unida a una configuración de la temporalidad retrospectiva”⁴⁰. Isabel de Castro incide en el recurso frecuente de la novela histórica actual a la utilización del discurso auto-reflexivo del narrador, y cita concretamente la novela *Urraca*, de Lourdes Ortíz, donde se ofrece una versión nueva, controvertida y opuesta a la versión histórica oficial⁴¹. El recurso a la narración en primera persona realizada por las escritoras permite contraponer a la identidad femenina oficial la supuesta interiorización que pudieron hacer las mujeres de, o frente a, las imágenes presentadas por el discurso patriarcal, recreando un universo femenino utópico pero lo suficientemente verosímil como para despertar la complicidad entre las mujeres lectoras.

³⁸ CARRASCO, A.: Opus cit. (pg. 98).

³⁹ CIPLIJAUŠKAITE, B.: *La novela femenina contemporánea (1970-1985)*. Barcelona. Anthropos, 1988

⁴⁰ FERNANDEZ PRIETO, C.: “Relaciones pasado-presente en la narrativa histórica contemporánea”, en ROMERA CASTILLO, J., GUTIERREZ CARBAJO, F. y GARCIA-PAGE, M. (eds.): opus cit. (pg. 217)

⁴¹ CASTRO, I.: “El cuestionamiento de la verdad histórica...”(pg. 169)

Como hemos podido observar, dada la complejidad del tema que nos ocupa, acercarnos a la novela histórica escrita por y/o sobre mujeres exige plantear su estudio de una manera poliédrica para intentar percibir la representación cultural de los modelos femeninos transmitidos por la tradición oral y escrita a lo largo del tiempo. Esto significa, en primer lugar, descubrir el imaginario femenino reflejado y perpetuado por la literatura y, más concretamente, por la ficción histórica en la medida en que, amparándose en el carácter aleccionador –la historia como *magistra vitae*- y ejemplarizante –la historia como *exemplum*- de la historia se arrogaba una legitimidad a su discurso que, de otra manera, no hubiera logrado. Y segundo, llevar a cabo un estudio diacrónico sobre los modelos femeninos ofrecidos por el discurso patriarcal en la literatura española como un *continuum* que podría ser percibido a través de distintas épocas históricas para así obtener una visión de conjunto sobre la construcción de la identidad femenina que ha venido haciendo el patriarcado hasta nuestros días.